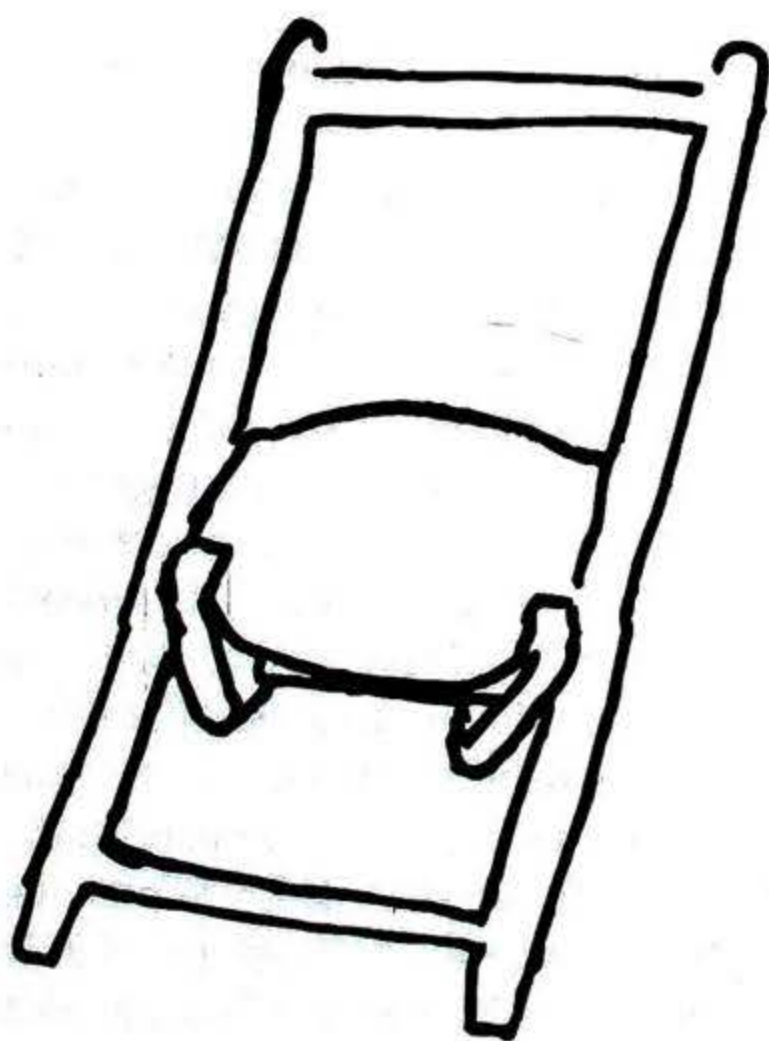


que es porque “el sol tiene fiebre y quiere refrescarse”.

Pero la sabiduría de Miguela no queda en esas frases que le regala a Alejandra cuando la visita. En el hospital, mientras es tratada de una enfermedad cuyo nombre no importa, la niña hace figuras de papel que contienen extraños mensajes y las deja en los bolsillos de las enfermeras, los maletines de los médicos, las carteras de las mamás, las incubadoras de los bebés, para iluminarles el día y darles ánimo a los que lo necesitan.

Una vez que la niña se ha ido, Alejandra se dedica a recoger esas figuras por todo el hospital y decide editar los textos. Resulta entonces el libro en el que, luego de una introducción en la que nos cuenta de su amistad con ella, nos presenta los 43 textos, que son los llamados papeles de Miguela.

Estos textos cortos tienen la particularidad de narrar lo cotidiano desde una perspectiva diferente; por eso “después de nueve meses de gestación, el bebé da a luz una mamá”. Es en este mirar desde otra perspectiva, que pretende ser la infantil, donde radica el carácter poético de estos escritos en los que las palabras inauguran de nuevo; es aquí, también, donde está la fuente de la sabiduría de Miguela, para quien “las raíces del árbol están en su copa, porque lo que realmente lo sostiene y alimenta es su afán de elevarse”.



Precisamente, es el respeto por la sabiduría y el lenguaje infantil por lo que aboga Miguela, quien en la prime-

ra parte del texto, la narrada por Alejandra, dice: “¿Sabes qué es lo que más me enfurece? Que cuando un niño pronuncia cosas de su cabeza, los adultos dicen: mire, habla como un viejito. Que cuando un adulto habla bobadas, los otros adultos dicen: mire, habla como un niño. Cosas lindas las pueden decir los niños y los grandes y cosas bobas también”.

Pero Miguela es una niña de papel. Por eso, hay que ver qué dicen los niños al leer sus papeles.

LILIANA RAMÍREZ

Una sociedad fragmentada y polarizada

La fiesta liberal en Cali

Margarita Pacheco

Ediciones Universidad del Valle, Cali, 1992, 203 págs.

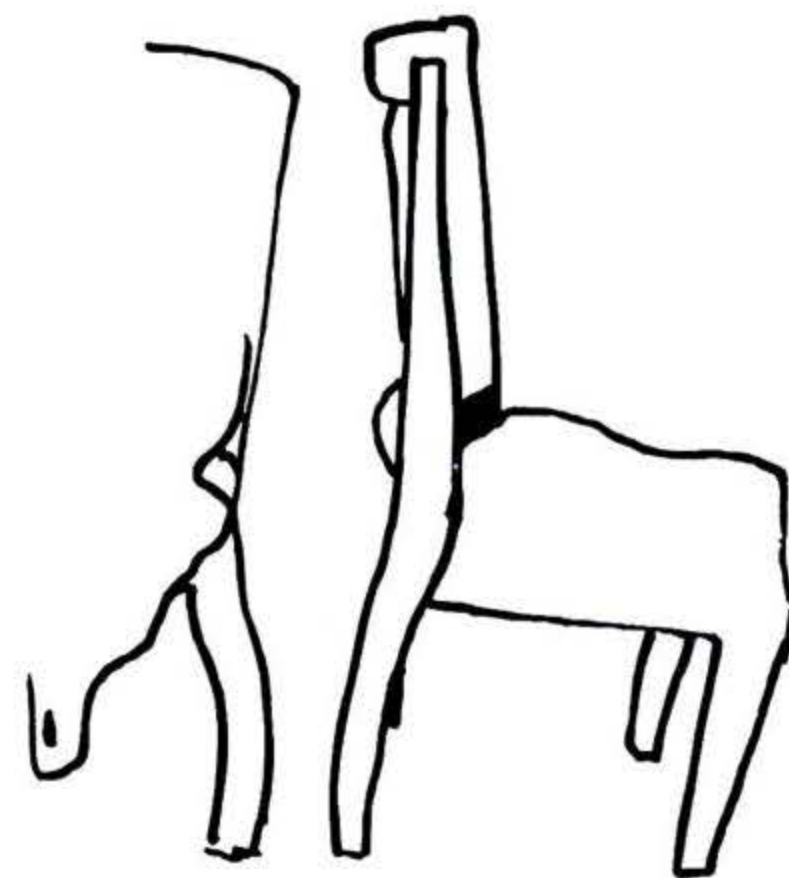
Con este título de evidente tono bajtiniano, Margarita Pacheco nos ofrece un trabajo refrescante, un esfuerzo digno de ser emulado por investigadores de otras regiones colombianas.

El libro consta de tres grandes ensayos, unas conclusiones sumarias y una bibliografía. Su objetivo es entretejer los elementos de la cultura o contracultura popular a los episodios de la revolución del medio siglo en Cali, ciudad que se “debatía entre la tradición y la modernidad” (pág. 57). Los ensayos versan sobre la economía, el proyecto liberal de transformación social y, finalmente, sobre el pueblo movilizado.

Pacheco insiste, correctamente a mi juicio, en definir una base “puramente económica” de la fiesta. Pero me parece significativo que no la halle en el consabido “producto agrícola que, como el tabaco, permitiese la tan anhelada vinculación” de la región a los mercados externos (pág. 189), sino en la lucha por los ejidos, y en el papel del contrabando del tabaco, que, más que el nexos con el mundo internacional, son

la “manzana de la discordia” entre los caleños.

De discordia también se trata cuando se aspira a “construir la ciudadanía”, tema desarrollado en el segundo ensayo. Aquí se nos muestra una sociedad en flujo cultural y atravesada de conflictividad étnica, estamental, clasista (en un sentido mas bien decimonónico) e ideológico-religiosa.



La autora comienza planteando la polisemia del vocablo “pueblo” que, en una variedad de gradaciones, va de la plebe, los vagos, la vil canalla, al pueblo compuesto por individuos conscientes de sus deberes cívicos y de sus derechos civiles y políticos.

Al igual que los protagonistas de su narrativa, la autora enfrenta problemas de clasificación. Esto se manifiesta cuando busca definir quién compone la plebe caleña hacia 1850: “todos aquellos que, careciendo de propiedad y rentas, *no tenían un oficio estable* [bastardillas mías] que desempeñar [...] como labradores, jornaleros, carpinteros, sastres, herreros, zapateros, cabos, fundidores, canoeros y coheteros. Y cuyas descripciones físicas corresponden a las castas, específicamente, a mulatos o pardos” (pág. 62). La definición falla porque, de no comprobarse que había una altísima rotación de oficios entre los mulatos, o un patrón dominante de estacionalidad en tales oficios, no podemos creer que algunos de éstos, que requieren años de aprendizaje, no dieran el estatus social de “oficio estable”. Allí estriba, quizá, el embrollo de las secciones 2.4 y 2.6. En las condiciones descritas, es difícil, por un lado, imagi-

narse la formación de un mercado capitalista y, por el otro, no se sabe quién es el sujeto del nuevo espacio ciudadano, el *locus* de la revolución.

En el último ensayo, estamos ante una copiosa cosecha de citas, espléndida recuperación de las voces populares que no podían ser "palabra escrita". Escuchamos los parlamentos del drama de transportar a la realidad "el evangelio" de la libertad, la igualdad, la fraternidad. He aquí una de las tantas perlas de esta sección: refiriéndose, en un debate de la Democrática, al impuesto sobre el patrimonio, o contribución directa, Andrés Ledezma afirma que si "la duda es entre la contribución derecha y la izquierda i yo estoi por la derecha, porque la contribución derecha no afeita al pueblo, i la endereita si lo afeita mucho, i por ésto, aunque la sociedad no aceite la derecha, yo si la aceito, y que se ponga mi voto en el aita que aceito la derecha" (pág.132)

En una sociedad como la de Cali, todavía fragmentada y polarizada dentro de los moldes coloniales, quienes hablaban como Ledezma, si no eran activos, al menos debieron de ser simpatizantes y amigos de quienes emplearon el perrero o el zurriago contra los grandes propietarios. Las páginas que narran la historia del perrero (págs.144-179) parecen iluminadas, insisto, por antorchas de un carnaval a lo Bajtin. Deben despertar en el lector curiosidad por lo que la autora llama contrateatro, es decir, el drama del pueblo popular cuando lucha por sus derechos.

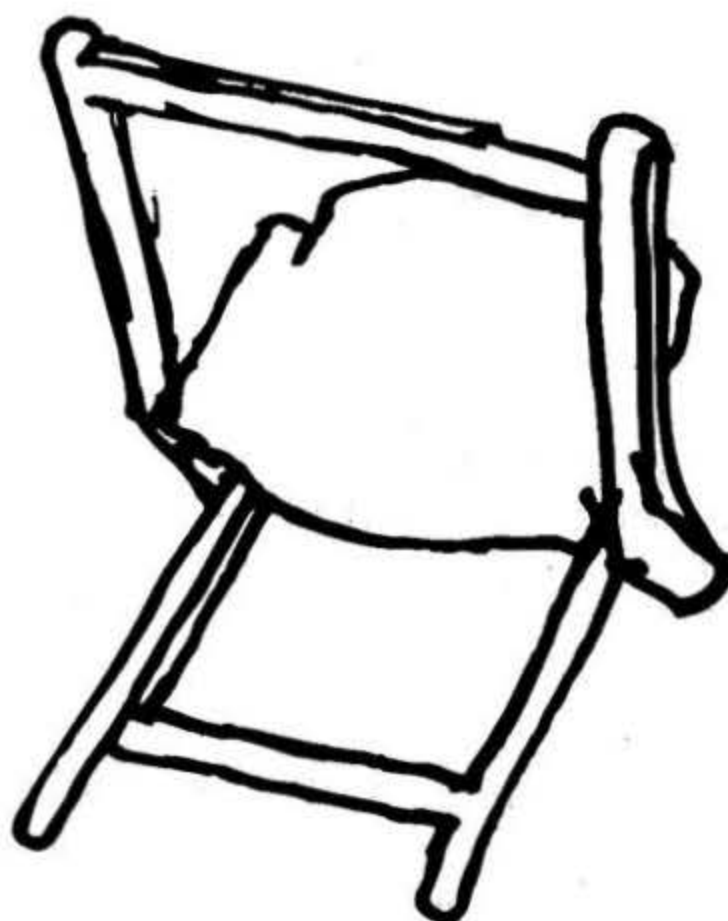
MARCO PALACIOS

El papel social de los científicos

Sociedades científicas en Colombia. La invención de una tradición, 1859-1936,
Diana Obregón Torres
Banco de la República,
Santafé de Bogotá, 1992

La autora forma parte de un grupo de pioneros, sociólogos de formación, his-

toriadores de profesión, que, en los últimos años, se han dedicado a abrir terreno a una historia de la ciencia en Colombia, desde una perspectiva de análisis sociológico. Por esta razón, el libro no va dirigido a quienes busquen guías y fundamentos de una historia epistemológica o de la formación y trayectoria de comunidades epistémicas en el sentido de Kuhn. Su problema no es "cuánto sabía un científico en un momento determinado, ni qué tan informado estaba de los avances en la frontera del conocimiento, sino cuál era su práctica, en qué medida logró hacer escuela, y de qué manera sus actividades tuvieron éxito en la creación de instituciones dedicadas a la ciencia".



Desde la introducción hasta las conclusiones, Diana Obregón subraya de qué modo los científicos y sus sociedades padecieron una obsesiva búsqueda de una tradición que nacería con la Expedición Botánica. Pero, según su observación final, el sentimiento de pertenencia a tal "comunidad imaginada" no fue suficiente para consolidar una comunidad científica real.

El hilo conductor de la narración es el papel social del científico colombiano en ciernes. Papel eminentemente profesional: ingenieros de puentes y caminos o de minas que, a partir de su práctica, hacían pinitos matemáticos, o sustentaban mejor las bases de la cartografía; médicos convertidos en bacteriólogos o en higienistas, o en biólogos.

Si interpreto bien, la autora se sirve de dos claves para armar su narrativa: los valores y las formas de sociabilidad y la búsqueda de autonomía por parte

de los científicos. En cuanto a las primeras, parte de la Ilustración y sus afanes de institucionalizar la ciencia, afanes que serán reproducidos por nuestros científicos a lo largo del siglo XIX.

A diferencia de la España carolina, aquí el actor no es el Estado, sino individuos, ciudadanos que van contra la corriente. Es decir, que van en contra de los valores centrales de las elites que, retóricamente, ven la modernidad en función de política y juridicidad. Esto, a pesar de que la realidad sea de guerras, fraudes electorales y más guerras. Todo ello con un trasfondo de pobreza y fragmentación regional.

En cuanto a la autonomía, requisito para institucionalizar la ciencia, Obregón deja planteado el asunto, pues en 1936, cuando termina su narración, no hay condiciones en el entorno para una tarea tal, pese, por ejemplo, a la reorganización de la Universidad Nacional. Dicho sea de paso, ésta es la época en que Laureano Gómez, el líder de la oposición, embiste contra la ciencia, y López Pumarejo, el impulsor de la reforma universitaria, sostiene que antes que el "saber especulativo" (es decir, la ciencia) debe estar el saber tecnológico en función del desarrollo económico y social de Colombia.

No en vano, la década de los años veinte había sido fructífera en el trasplante de paradigmas de tecnología blanda: ahí estaban los modelos de la Misión Rockefeller en salud pública, de la Misión Pedagógica Alemana en educación, de la Misión Kemmerer en la modernización del sistema bancario y de organismos del Estado moderno (la Contraloría y los ministerios económicos).

Obregón nos muestra cuán promisorio es la clave de los valores y la sociabilidad. Si leemos esta magnífica monografía desde una amplia perspectiva de la vida pública, la vida privada y la moralidad de las elites, veremos que la obsesión de nuestros científicos por el pasado, su búsqueda incesante de una comunidad imaginada, que habría sido la raíz de la nacionalidad, y la práctica de organizarse los "sabios" para hacer tertulia, fabricarse un nido institucional (el trabajo estudia en detalle y cronológicamente seis organizaciones científicas) y ganar prestigio social, es parte de una moralidad cívica, expresión